Jean-Jacques Rousseau

¿Tiene el alma sexo?

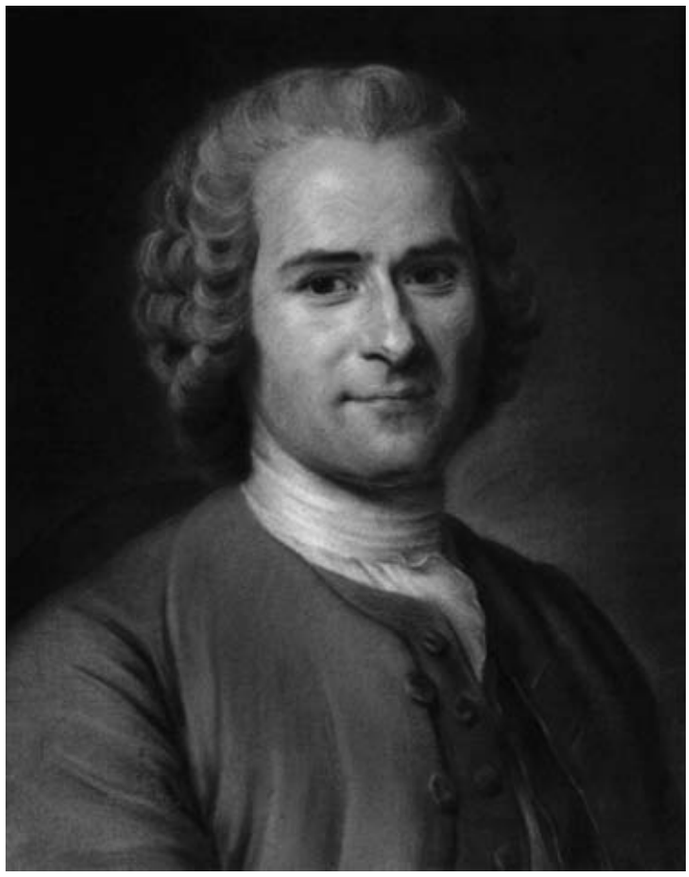
Aline Pettersson

A partir del libro Julia o la nueva Eloísa*, de Jean-Jacques Rousseau, la escritora y poeta Aline Pettersson reflexiona acerca de las relaciones entre los sexos desde puntos de vista diversos, desde la filosofía y la economía hasta la moral imperante. Sus conclusiones no pueden ser más reveladoras.*

Ahora, con la escasez mundial de lectores, es interesante recordar que *Julia o la nueva Eloísa* de Jean-Jacques Rousseau, publicada en 1761, para 1800 había alcanzado ciento quince ediciones. Se trata de una novela epistolar de amor contrariado por las diferencias de cuna. Los protagonistas son Julia d'Étanges y Saint-Preux. De gran extensión, el libro consiguió hacerse muy popular en aquella época de cambios inminentes e iluminada, en un sentido, sólo por las luces de las velas. Rousseau pone en pluma del personaje masculino central lo que sigue: "Las novelas son quizá la última instrucción que se pueda dar a un pueblo lo bastante corrompido como para que cualquier otra le sea útil". Él imaginaba una población que pudiera alcanzar el camino de la libertad arropada por la virtud y el honor. Buscaba, asimismo, un tipo de desarrollo humano que no dependiera de la cultura, causa —decía— de la corrupción, y al amparo de las bondades de la vida natural. Sus teorías están encarnadas aquí en la ficción. Sencillo resulta hacer un cotejo con esta época, iluminada por energía mucho mayor a la de las velas, pero, en otro sentido, en la oscuridad de los ideales de justicia social.

Mi aproximación al libro es la de alguien que se ha dedicado a leer y escribir casi toda su vida. Y así pienso que hay un cierto número de obsesiones que persiguen al ser humano a lo largo de su tiempo, y las de Jean-Jacques Rousseau, vertidas en sus textos, fueron amplias, apasionadas, utópicas y biográficamente contradictorias. Los asuntos que toca en este libro lo hacen un notable precursor del romanticismo, al darle relieve a los sentimientos, en especial a los amorosos, y destacar la presencia de la naturaleza que potencia la sensibilidad del contemplador, así como al incorporar la reflexión en torno a la muerte, aquí el suicidio, que serían motivos centrales de esa corriente creadora.

Dadas las dimensiones tanto de *Julia o la nueva Eloísa* como de los propios conocimientos e inquietudes de su autor, quisiera asomarme apenas someramente a unos cuantos asuntos relacionados con el amor y su sublimación y el matrimonio, así como a los tópicos que se mencionan sobre la condición femenina, muchos de los cuales perviven hoy en día. Antes de entrar en materia, señalo que en el trasfondo de la escritura se insinúan sombras o aproximaciones a Platón, Montaigne, Petrarca, Pascal, Cervantes, por ejemplo, y que el conocimiento rousseauniano se inscribe dentro de los márgenes cultos que él consideraba, finalmente, inadecuados para el buen desempeño de la sociedad. El filósofo del siglo XII, Abelardo, junto con Eloísa, son referentes del libro y están incorporados de forma muy viva. Dirá el amante en esta novela: "Siempre compadecí a Eloísa: tenía un corazón hecho para amar; pero Abelar-



Maurice Quentin de la Tour, *Jean-Jacques Rousseau*, 1753

do siempre me pareció un miserable digno de su suerte y desconocedor tanto de la virtud como del amor". Quiero señalar, por otra parte, la pericia de Rousseau para conducir la tensión dramática de la narración, cuyo interés la lleva hasta el lector del siglo XXI.

Una canción que popularizó Frank Sinatra en la década de 1950 decía: "Love and marriage go together like a horse and carriage", pero la historia social y literaria nos dice, de inmediato, que ello no ha sido así. Y, a lo largo de los siglos, se ha confrontado lo ideal con lo real y con la lejanía que media entrambos. No puedo menos que aludir, también, a Beatriz di Portinari, musa peculiar de Dante Alighieri dos siglos posterior a Eloísa. Y es que en la novela de Rousseau se ofrecen puntos de cercanía con estos antecedentes históricos.

En la tercera carta que Saint-Preux, tutor (como Rousseau lo fuera) y futuro amante, dirige a Julia d'Étanges, le dice: "esté segura desde ahora que mi corazón repartirá su adoración entre usted y la virtud, y de que nadie verá, nunca más, profanar con otras pasiones el altar en que Julia fue adorada". La proverbial divinización de la mujer enfrentada a la carnalidad que con su trato ella misma despierta, en este caso particular, es más que paradójica puesto que se da una colisión entre la virtud que busca Rousseau con tanto afán, y la ley natural que él mismo defiende. Así, paulatinamente, "las pasiones más vivas [que] aún conservan el carácter santo de la virtud" se van transformando en los jóvenes, aunque Saint-Preux alcanzará a decir: "los ardientes deseos por sus encantos se apagan ante la perfección de su alma". Claro está que no por mucho tiempo, porque la sensualidad acabará imponiéndose.

Las diferencias sociales han sido razón para impedir el matrimonio entre jóvenes afines y enamorados. Y si bien han correspondido verazmente a las costumbres, la literatura las ha explorado con largueza. Por otra parte, sabemos que el matrimonio por amor —de creación reciente—, en contra de las expectativas, no ha resultado ser, al cabo del tiempo, sustancialmente mucho más benéfico. Han sido los intereses económicos o de casta los que solían regir la negociación de los vínculos conyugales; Rousseau indaga prolijamente, no sólo en la negativa del padre de Julia para aceptar un matrimonio que a la familia, por su alcurnia, le sería deshonroso, sino que lo hace también en los intersticios del corazón de los dos enamorados. "El fuego puro y sagrado ardía en nuestros corazones, ahora, entregados al error de los sentidos, no somos más que amantes vulgares", dirá ella y agregará: "demasiado felices". Así, pues, el autor explora en el sustento cultural del matrimonio, pero explora asimismo en los efectos sensuales en los personajes. Y Julia, como tantos siglos antes Eloísa, queda embarazada. Ella pierde a la criatura para permanecer prisionera después en el matrimonio; la de la vida real, Eloísa, tiene un hijo al que le da el nada cristiano nombre de Astrolabio y va a habitar en un claustro hasta su muerte.

Por las características conyugales de la época, Saint-Preux escribe en una de sus cartas comentando las livianas costumbres de París que "el adulterio no escandaliza a nadie [...que] el amor ha perdido sus derechos, y no está menos desnaturalizado que el matrimonio [...que] para la mayor parte de las mujeres, el amante es como uno de los empleados de la casa; si no cumple con su deber, se le despide". Habría que añadir lo bien sabido: dichas costumbres estaban extendidas por muchas regiones europeas, así que el amante era un personaje abiertamente tolerado por el esposo. Como contraposición al cinismo de esta mirada, dirá Saint-Preux: "la poderosa atracción de dos corazones [...] tiene una secreta voluptuosidad ignorada por las almas tranquilas". Pero sabemos que las novelas no están hechas de almas tranquilas.

El amor contrariado, el matrimonio impuesto, la virtud y el honor van a conducir las reflexiones a la inversa; los personajes querrán hallar razones tan fuertes para evadirla como las que antes sustentaron su pasión. De nuevo, el camino es lento y tortuoso una vez que Julia acepta casarse con quien su padre ha dispuesto. Así, le comenta al amado que "si el orden humano no hubiera turbado el orden natural, si a uno le estuviera permitido ser feliz, hubiéramos debido serlo juntos", y más adelante dirá: "En el mismo instante en que estaba a punto de jurarle a otro eterna fidelidad, mi corazón le

seguía jurando a usted amor eterno". Saint-Preux, por su parte, lucha infatigablemente contra sus sentimientos hasta considerar, en una extensa carta, el suicidio como única salida posible para su dolor: "Cuando nuestra vida es un mal para nosotros y no es un bien para ningún otro, estará permitido librarnos de ella".

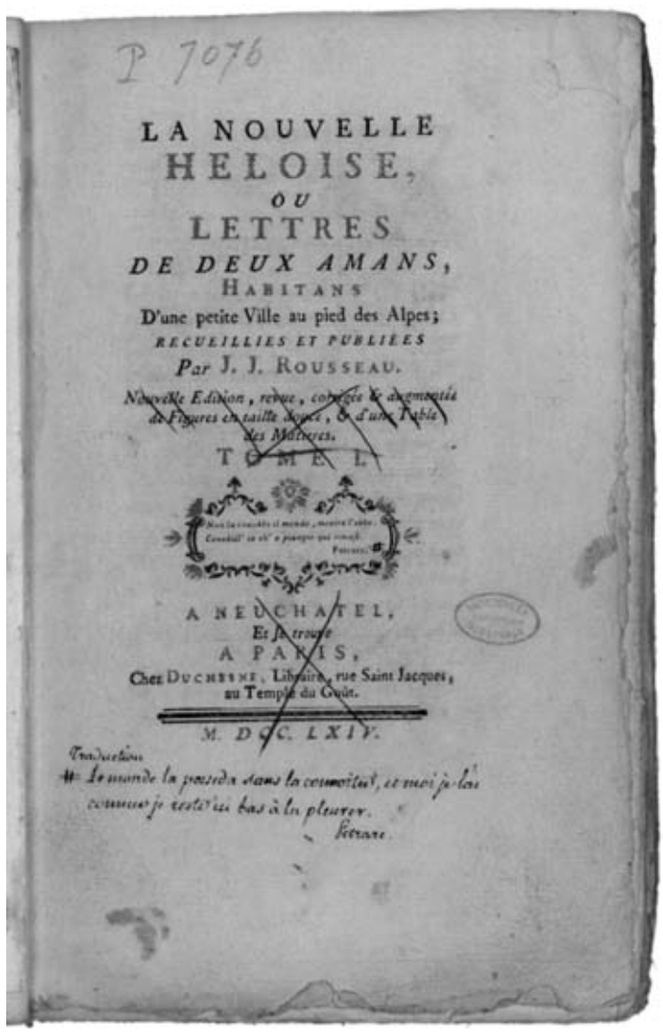
Es preciso aclarar que si bien el grueso de la correspondencia pertenece a los amantes, hay también otros remitentes y destinatarios que le dan movimiento y agilidad a la trama, apoyando o contradiciendo los puntos de vista u ofreciendo más información. Menciono a Clara, prima y confidente de Julia, y a Milord Edward Bornston, protector de Saint-Preux, y, entre algunos más, a Wolmar, marido de Julia.

Las cartas van a poner a la vista las características de los diversos matrimonios integrados a la historia central. La mención inicial se refiere al de los padres de Julia: "mi madre es débil y sin autoridad; conozco la inflexible severidad de mi padre", quien, posteriormente, y a causa de Saint-Preux, abofeteará por primera vez a su hija golpeando, incluso, a la madre que se interpone para protegerla. Se ofrecen, también, las disquisiciones de las primas alrededor del que contraerá Clara con M. d'Orbe. En este caso, el rango social es el adecuado, el padre de ella lo aprueba, la propia novia lo acepta de buen talante destacando, por una parte, las cualidades del futuro consorte y, por la otra, su nula pasión amorosa: "Siento afecto por su persona y veo en él a un hombre honrado". Hasta ahí llega la declaración de sus sentimientos, aunque Julia la describe el día de la boda, quizá no dueña de turbulencias amatorias, pero sí de alegría. Los años de matrimonio se suceden en paz hasta la muerte del marido pero, ya viuda, Clara externará que: "el matrimonio es un estado demasiado serio [...] Piensa, tú que me conoces, lo que puede ser para mí un estado en el que no me he reído siete veces a gusto en estos siete años".

Pero las costumbres pesan más que los mandatos del corazón, porque la misma Clara decide entregarle a Julia, en custodia, a su hija para que se despose, cuando tenga la edad, con el mayor de los hijos de su prima. La niña es aún tan pequeña que Rousseau destaca su incorrectamente pueril pronunciación de "maridito". Desconozco las reacciones de las lectoras del siglo XVIII, además de sus abundantes lágrimas, pero, a dos siglos y medio de distancia, la decisión de la madre causa asombro, puesto que, al menos, ambas primas conocieron las características adultas de sus maridos antes de comprometerse con ellos. Además, en las cartas del libro aparece el matrimonio que estuvo a punto de contraer Sir Edward con una mujer que, aunque arrepentida, había sido una pecadora. Por esta razón, y con el beneplácito de todos, incluyendo a las señoras de Wolmar y d'Orbe, no se lleva a cabo. Siempre podría caer ella de nuevo en el pecado y mancillar el honor del esposo.

El obligado matrimonio de Julia d'Étanges con Wolmar ("¡Finalmente mi padre me ha vendido! ¡Hace de su hija una mercancía, una esclava!", en palabras que anuncian de forma terrible las intenciones paternas) irá siendo aceptado con mucho dolor y pensamientos de rechazo y rebeldía en aras de evitar un mal mayor: la deshonra y el sufrimiento familiares. Así, la protagonista va a debatirse entre sus deseos amorosos y sus posteriores obligaciones conyugales y maternas. A medida que transcurre el tiempo de las cartas y de mi lectura, el motivo de la virtud será cada vez más reiterado hasta un punto en que llegan a ser inhumanas las razones de Julia.

Los señores de Wolmar deciden abandonar su castillo, para vivir en una especie de arcadia, en medio de un extenso viñedo. Conforman, junto con sus hijos, criados y trabajadores del campo, una sociedad de armonía perfecta, donde no se ejerce ningún tipo de abuso para con los inferiores, dirigidos sabiamente por sus amos en sus faenas y diversiones. En esta reunión de gentes serán auspiciados fiestas y bailes para que criados y trabajadores se conozcan y puedan elegir pareja y ser felices. En la novela, ellos son los únicos a quienes les es posible optar por el cónyuge deseado. Y ahí, también, la vida virtuosa acaba desvaneciendo las pulsiones amorosas de Julia,

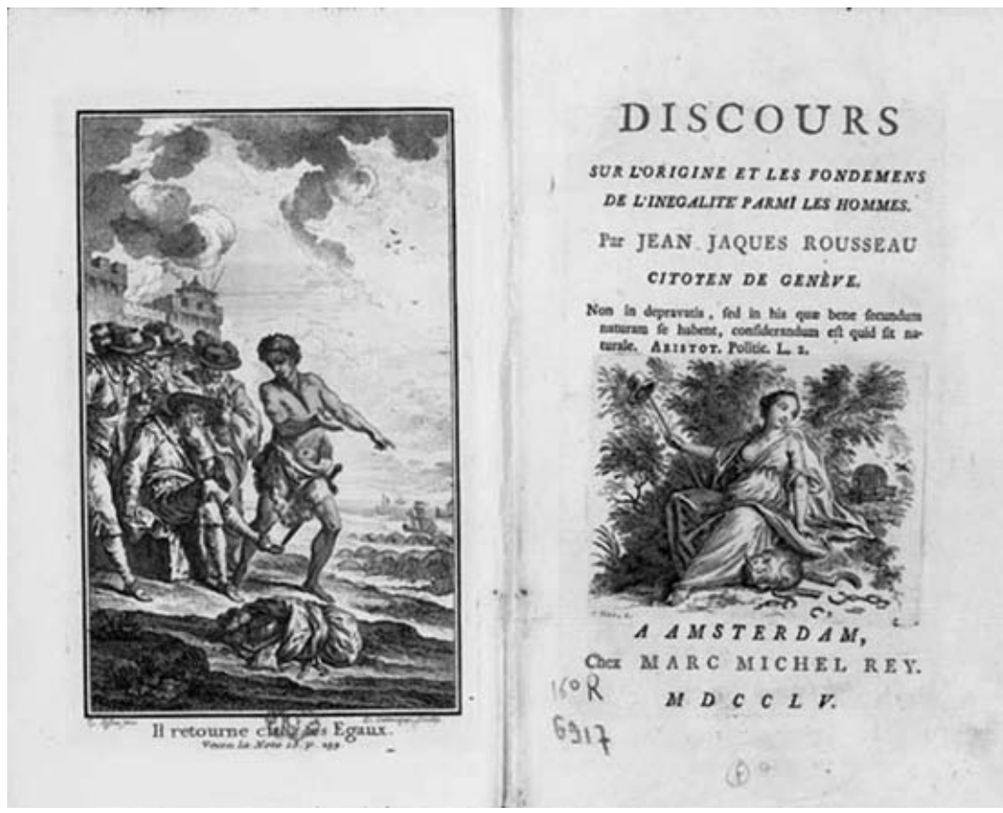


no las del marido, ya que él confiesa no haber sentido jamás una sola pasión. En ese punto de la historia, el matrimonio invita a Saint-Preux a vivir con ellos y ser ahora tutor de sus hijos. Parece que ya no hay nada que temer de los deseos. Y no podremos saberlo, ya que la muerte inesperada de Julia deja sin resolver nuestras dudas.

Escribe Madame de Wolmar: "Soy mujer y madre, sé mantenerme en mi puesto. [...] La función de la que me encargo no es educar a mis hijos, sino prepararlos para que más tarde reciban esa educación". Pero claro que sus anteriores lecciones —que dispararon el conflicto amoroso— le habrían permitido hacerlo. El tema de las diferencias entre los sexos es abordado, por Rousseau, con los puntos de vista de ambas partes sobre unos y otros. Julia menciona, a propósito de la muy anterior lectura de los amantes de la *República* de Platón, "el aire de superioridad masculina, que no abandonan ni nuestros más fervientes admiradores; me reprochas el que pertenezca a mi sexo ¡como si alguna vez una mujer debiera dejar de serlo!", y habla también de la lascivia en "hombres groseros" que confunden el sentimiento del amor con la fiebre de los sentidos. No extraña que ella misma se califique de "bicho raro", igual al resto de sus congéneres. Y Saint-Preux adelantará en alguna carta otro secular y gigantesco lugar común: "¡Mujeres, mujeres!, ¡seres queridos y funestos a las que la naturaleza adornó para nuestro suplicio!". Hay también, a lo largo del libro, opiniones del mismo personaje sobre atuendos, conductas y maquillajes femeninos; además, señala diferencias de gusto en comida entre ambos sexos. A las mujeres, por ejemplo, dice, les suelen agradar más los alimentos lácteos y azucarados y a los hombres ingleses, al menos, les agrada mucho comer carne. Por el lado de las primas, éstas discuten sobre estrategias para el tiempo del cortejo: vestimenta y peinado, rasgos correspondientes al "natural talento" femenino, así como la de mantener una cierta "discreta distancia" para que el amante no pierda el interés, algo así como el "darse a desear", que a mí me aconsejaron en la juventud.

En otras cosas, Julia, al hablar de política, dirá: "La política no es de incumbencia de mujeres [...] ¿De qué me serviría conocer esos gobiernos si no tengo poder para establecerlos?". Y, de no haber muerto, tendría que haberse esperado hasta 1971 cuando Suiza —donde ocurre la novela— dio entrada al voto femenino.

"La razón [en la mujer] se forma más tempranamente, como un frágil girasol nace y muere antes de una encina", resumirá Julia. Y es que, dentro del estrecho valle de la vida doméstica al que era conminado el girasol, le era imposible robustecer su tallo al parejo del tronco de la encina.

Con su obra, Jean-Jacques Rousseau, en el ardiente Siglo de las Luces, y con las particularidades correspondientes a su tiempo, invita a explorar caminos de un pensamiento que buscaba incidir en las perennes discrepancias del género humano y que ahora, a tres siglos del nacimiento del filósofo, por desgracia, muchas permanecen casi inalteradas.

Ojalá brillara de nuevo la urgencia de los sueños que se dirigen en pos de una realidad social más justa. **u**